

dez, que fué á la villa de la Plata con veinte de caballo, tomó en Porco once mil y setenta marcos de plata cendrada, y puso en cabeza de don Diego las minas y haciendas de Francisco, Fernando y Gonzalo Pizarro, que riquísimas eran, y las de Peranzures, Diego de Rojas y otros.

Lo que hicieron en el Cuzco contra don Diego.

Diego de Silva, de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Carabajal, alcaldes del Cuzco, usaron de maña con don Diego, ca le demandaron mas cumplidos poderes que los que habia enviado, para le recibir por gobernador, y entre tanto apellidaron gente de la comarca. Gomez de Tordoya supo, andando á caza, la muerte de Pizarro y el pedimiento de don Diego. Torció la cabeza de su halcón, diciendo que mas tiempo era de pelear que de cazar. Entró en la ciudad de noche, habló con el cabildo de secreto, partió antes del día para do estaba Nuño de Castro, y avisaron entrambos de todas estas cosas á Peranzures, que residia en los Charcas, y á Perálvarez Holguin, que andaba conquistando en Choquiapo, y á Diego de Rojas, que estaba en la villa de la Plata, y á los de Arequipa, y otros lugares. Trataban esto secretamente, porque habia en el Cuzco muchos almagristas, que procuraban por don Diego, tomando la voz del Rey, y hicieron su capitán y justicia mayor á Perálvarez Holguin, y se obligaron á pagar el dinero del Rey, que tomaban para sustentar la guerra, si el Emperador no lo diese por bien gastado. Perálvarez hizo su maestre de campo á Gomez de Tordoya, capitanes de caballo á Peranzures y á Garcilaso de la Vega, y de infantería á Nuño de Castro y á Martin de Robles, alférez del pendón real. Matricularonse á la reseña ciento y cincuenta de caballo, noventa arcabuceros y otros docientos y mas peones. Como los que hacian por don Diego vieron esto, ciscábanse de miedo, y salieron huyendo mas de cincuenta. Fueron tras ellos Nuño de Castro y Hernando Bachicao con muchos arcabuceros, y trajéronlos presos. Perálvarez, que avisado era del intento de don Diego, salió del Cuzco á recoger los que andaban remontados por miedo, y á juntarse con Alonso de Albarado para ir á los Reyes á dar batalla á don Diego, entendiendo que se le pasarían muchos á su parte, de los que con él estaban. Don Diego, que supo esto, envió por García de Albarado, y en viniendo se partió de los Reyes con cien arcabuceros, ciento y cincuenta piqueros y trecientos de caballo y muchos indios de servicio. Y porque con su ausencia no se alzasen, echó de allí los hijos de Francisco Pizarro. Atormentó reciamente á Picado por saber de los dineros de su amo, y matóle. Llegó á Jauja y paró allí, porque adolesció y murió Juan de Rada, que su deseo y seguro era desbaratar á Perálvarez antes que se juntase con Albarado ni con Vaca de Castro, que ya estaba en el Quito, y escrito á Jerónimo de Aliaga, Francisco de Barrionuevo y fray Tomás de San Martín, provincial dominico. De allí se le fueron el provincial, Gomez de Albarado, Guillen Juarez de Carabajal, Diego de Agüero, Juan de Saavedra y otros muchos; y Perálvarez le tomó ciertas espías, que lo informaron de todo. Ahorcó tres dellas, y prometió tres mil castellanos á otra, porque espíase lo

que don Diego hacia, diciendo que queria dar en él por un atajo despoblado y nevado; mas era engaño para los descuidar. Don Diego prendió al hombre en llegando, por sospecha de la tardanza; dióle tormento, confesó la verdad, y ahorcólo por espía doble. Fuése luego á poner en aquella traviesa nevada, y estuvo allí tres dias con su campo, sufriendo gran frio. Entre tanto se le pasó Perálvarez y se juntó con Alvarado en Guaraiz, tierra de Guaylas, y escribieron ambos á Vaca de Castro que viniese á tomar el ejército y la tierra por el Emperador. Don Diego siguió diez leguas á Perálvarez, y como no lo podia alcanzar, tiró la via del Cuzco, robando lo que hallaba.

Cómo Vaca de Castro fué al Perú.

Sabidas por el Emperador las revueltas y bandos del Perú y la muerte de Almagro y otros muchos españoles, quiso entender quién tenia la culpa, para castigar los revoltosos; que castigados aquellos, se apaciguarían los demás. Envió allí con bastante poder é instruccion al licenciado Vaca de Castro, natural de Mayorga, que oidor era de Valladolid; y porque fuese le dió el consejo real y el hábito de Santiago y otras mercedes, y todo á intercesion del cardenal fray García de Loaisa, arzobispo de Sevilla y presidente de Indias, que le favoreció mucho por amor del conde de Siruela, su amigo. Fué pues Vaca de Castro al Perú, y con tormenta que tuvo después que salió de Panamá, paró en puerto de Buenaventura, gobernacion de Benalcázar y tierra desesperada, como los manglares de Pizarro. No quiso ó no pudo ir por mar á Lima, y caminó al Quito. Pensó perescer, antes de llegar allá, de hambre, dolencias y otros veinte trabajos. Rescibióle muy bien Pedro de Puelles, que Gonzalo Pizarro aun no era vuelto de la Canela, y avisó de su venida á muchos pueblos. Vaca de Castro descansó en Quito, proveyó algunas cosas y partiése á Trujillo á tomar la gente que tenia Perálvarez y Albarado para resistir á don Diego. Cuando llegó allá llevaba mas de docientos españoles, con Pedro de Puelles, Lorenzo de Aldana, Pedro de Vergara, Gomez de Tordoya, Garcilaso de la Vega y otros principales hombres que acudian al Rey. Presentó sus provisiones al cabildo y ejército, y fué recibido por justicia y gobernador del Perú. Volvió las varas y oficios de regimiento á quien se las entregó, y las banderas y compañías á los mismos capitanes, reservando para sí el estandarte real. Envió á Jauja con el cuerpo del ejército á Perálvarez, maestre de campo. Dejó allí en Trujillo á Diego de Mora por su teniente, y él fuése á los Reyes, donde hizo armas y gente para engrosar el ejército, y para lo pagar tomó prestados cien mil ducados de los vecinos de allí, los cuales se pagaron después de quintos y haciendas reales. Puso por teniente á Francisco de Barrionuevo, de Soria, y por capitán de los navios á Juan Perez de Guevara, mandándoles que si don Diego viniese allí, se embarcasen ellos con todos los de la ciudad, y él partió para Jauja con la gente que habia armado y con muchos arcabucos y pólvora. En llegando hizo alarde, y halló seiscientos españoles, de los cuales eran ciento y setenta arcabuceros, y trecientos y cincuenta de caballo. Nombró por capitanes de

caballo á Perálvarez, Alonso de Albarado, Gomez de Albarado, Pedro de Puelles y otros; y á Pedro de Vergara, Nuño de Castro, Juan Velez de Guevara de arcabuceros. Hizo maestre de campo al mismo Perálvarez Holguin, y alférez mayor á Francisco de Caravajal, por cuya industria y seso se gobernó el ejército. Estando en esto vinieron cartas del Quito cómo era vuelto Gonzalo Pizarro y queria venir á ver á Vaca de Castro, mas él mandó luego que no viniese hasta que se lo escribiese, porque no estorbare los tratos de don Diego, que andaba por concertarse, ó quizá porque le alzasen los del ejército por cabeza y gobernador por respecto de su hermano Francisco Pizarro, cuyo amor y memoria estaban en las entrañas de los mas capitanes y soldados.

Apercibimiento de guerra que hizo don Diego en el Cuzco.

Al tiempo que don Diego llegó al Cuzco andaban revueltos los vecinos, porque fué Cristóbal Sotelo delante con despachos y gente, estando ya dentro Gomez de Rojas, que tenia la posesion por Vaca de Castro; mas estuvieron quedos todos, y él apoderóse de la ciudad y tierra. Hizo luego pólvora y artillería y muchas armas de cobre y plata, y dió cuanto pudo á sus capitanes y soldados. Rñeron en aquel medio tiempo García de Albarado y Cristóbal Sotelo, y el García mató al Cristóbal á estocadas. Intentó matar á don Diego, robar la ciudad, é irse al Chile con sus amigos. Y para lo hacer á su salvo convidólo á comer á su casa. Supo don Diego la traicion, y hizose malo aquel día, y metió en su recámara secretamente á Juan Balsa, Diego Mendez, Alonso de Sayavedra, Juan Tello y otros amigos de Sotelo. García de Albarado tomó ciertos amigos suyos y fué á llamar y traer á don Diego, y no se quiso tornar del camino, aunque Martin Carrillo y Salado le avisaron de la celada. Rogó á don Diego que se fuese á comer, pues era hora y estaba guisado. Dijo él: «Mal dispuesto me siento, señor Albarado; empero vamos.» Levantóse de sobre la cama y tomó la capa. Comenzaron á salir los de Albarado, y uno de don Diego cerró la puerta, dejando dentro y solo al García de Albarado, y matáronlo, y aun dicen que don Diego lo hirió el primero. Alborotóse mucho la gente por su muerte, que tenia grandes amigos; mas luego don Diego la puso en paz, aunque algunos se le fuerón á Jauja. Aderezó su ejército, que serian obra de setecientos españoles; los docientos con arcabucos, otros docientos y cincuenta con caballos, y los demás con picas y alabardas, y todos tenían corazas ó cotas, y muchos de caballo arneses. Gente tan bien armada no la tuvo su padre ni Pizarro. Tenia tambien mucha artillería y buena, en que confiaba, y gran copia de indios, con Paulo, á quien su padre hiciera inga. Salió del Cuzco muy triunfante, y no paró hasta Vilcas, que hay cincuenta leguas. Llevó por su general á Juan Balsa, y por maestre de campo á Pedro de Oñate, que Juan de Rada ya se habia muerto.

La batalla de Chupas entre Vaca de Castro y don Diego.

Fuó Vaca de Castro de Jauja á Guamanga con todo su ejército, que hay doce leguas, á gran prisa, por entrar allí primero que don Diego, ca le decian cómo venían los enemigos á meterse dentro. Es fuerte Guamanga

por las barrancas que la cercan, é importante para la batalla. Escribió á don Diego con Idiaquez y Diego de Mercado, que le perdonaria cuantas muertes, robos, agravios é insultos habia hecho, si entregaba su ejército, y le daría diez mil indios donde los quisiese, y que no procedería contra ninguno de sus amigos y consejeros. Respondió que lo haría si le daba la gobernacion del nuevo reino de Toledo y las minas y repartimientos de indios que su padre tuvo. Andando en demandas y respuestas llegó á Guaraguaci un clérigo, que dijo á don Diego cómo venia de Panamá, y que lo habia perdonado el Emperador y hecho gobernador del nuevo Toledo; por tanto, que le diese las albricias. Dijo asimismo que Vaca de Castro tenia pocos españoles, mal armados y descontentos, nuevas que, aunque falsas y no creidas, animaron mucho á sus compañeros. Tomaron tambien los corredores del campo á un Alonso García que iba en hábito de indio con cartas del rey y Vaca de Castro para muchos capitanes y caballeros, en que les prometia grandes repartimientos y otras mercedes. Ahorcólo don Diego por el traje y mensaje, y quejose mucho de Vaca de Castro, porque tratando con él de concertos, le sobornaba la gente. Fué gran constancia ó indignacion la del ejército de don Diego, porque ninguno lo desamparó. Escribieron desvergüenzas á los del Rey, y que no fiasen de Vaca de Castro ni del cardenal Loaisa, que lo enviaba, pues no traía provisiones del Emperador; y si las traía, no valian, por ser hechas contra la ley, pues le hacian gobernador si muriese Pizarro. Don Diego, si le dieran un perdón general firmado del Rey, se diera por la renta y gobierno del padre, segun dicen; mas, ó enojado ó confiado, publicó la batalla en presencia de Idiaquez y Mercado. Y prometió á sus soldados las haciendas y mujeres de los contrarios que matasen: palabra de tirano. Movié luego el real y artillería de Vilcas, y fué á ponerse en una loma dos leguas de Guamanga. Vaca de Castro, que supo su determinacion y camino, dejó á Guamanga por ser áspera para los caballos, que tenia muchos mas que don Diego, y púsose en un llano alto, que llamaban Chupas, á 15 de setiembre, año de 1542. Estaban los ejércitos cerquita y los corazones léjos, ca los de don Diego deseaban la batalla, y los otros la temian; y así, decian que Fernando Pizarro estaba preso porque dió la batalla de las Salinas, y que venia él á castigar los demás. Vaca de Castro los animó á la batalla, y porque peleasen condenó á muerte á don Diego de Almagro y á todos los que le seguian. Firmó la sentencia y pregónola; y así, repartió luego á otro día con voluntad de todos, los caballos en seis escuadras. Echó delante á Nuño de Castro con cincuenta arcabuceros que trabase una escaramuza, y él subió un gran recuesto á mucho trabajo, donde asentó su artillería Martin de Valencia el capitán. Y si don Diego les defendiera la subida, los desbaratará, segun iban desordenados y cansados. No habia entre los ejércitos mas de una lomilla, y escaramuzaba ligeramiente, hablándose unos á otros. Don Diego estaba en aventajado lugar y orden, si no se mudara. Tenia la infantería en medio, y á los lados los de caballo, y delante la artillería en parte rasa y anclurosa para jugar de hito en los enemigos que le acomete-

tiesen. Puso también á su man derecha á Paulo, inga, con muchos honderos y que llevaban dardos y picas. Vaca de Castro hizo un largo razonamiento á los suyos, y se puso en la delantera con la lanza en puño para romper de los primeros, pues así lo quería don Diego. Ellos, respondiendo fiel y animosamente, le rogaron y hicieron que fuese detrás; y así, quedó en la retaguarda con treinta de caballo. Puso á la mano derecha los medios caballos con Alonso de Albarado y con el pendon real, que llevaba Cristóbal de Barrientos, y los otros á la izquierda con Perálvarez y los otros capitanes, y en medio á los peones. Mandó á Nuño de Castro que anduviese sobresaliente con cincuenta arcabuceros. Era ya muy tarde cuando esto pasaba, y jugaba tan recio la artillería de don Diego, que hacía temer á muchos; y un mancebo, por guardarse della, se puso tras una gran piedra; dió la pelota en ella, saltó un pedazo y matóle. Quisiera Vaca de Castro dejar la batalla para otro día, con parecer de algunos capitanes; mas Alonso de Albarado y Nuño de Castro porfiaron que la diese, aunque peleasen de noche, diciendo que si la dilatara se resfriarían los soldados y se pasarían á don Diego, pensando que de miedo la dejaba, por ser mas y mejores los enemigos. Tuvieron otro inconveniente para no pelear, y era que no podían ir derechos sin resebir mucho daño de los tiros. Francisco de Carabajal y Alonso de Albarado guiaron el ejército por un vallejo ó quebrada que hallaron á la parte izquierda, por donde subieron á la loma de don Diego sin resebir golpe de artillería, que se pasaba por alto; y aun dejaron la suya por la subida y porque un tiro della mató cinco personas de las que la llevaban. Don Diego caminó hácia los enemigos con la orden que tenía, por no mostrar flaqueza, que así fué aconsejado de sus capitanes; empero fué contra la de Pero Suarez, sargento mayor, que sabia de guerra mas que todos. Y dicen por muy cierto que si quedo estuviera, él venciera esta batalla. Mas vino á ponerse á la punta de la loma, y no pudo aprovecharse de su artillería. Comenzaron los indios de Paulo á descargar sus hondas y varas con mucha grita. Fué á ellos Castro con sus arcabuceros, y retrájoslos. Socorrióles Marticote, capitán de arcabucería, y comenzóse la escaramuza. Comenzaron á subir á lo alto y llano los escuadrones de Vaca de Castro al son de sus atambores. Desparó en ellos la artillería y llevó una hilera entera, y los hizo abrir y aun ciar; mas los capitanes los hicieron cerrar y caminar adelante con las espadas desnudas, y por romper fueran rompidos, si Francisco de Carabajal, que regia las haces, no los detuviera hasta que acabase de tirar la artillería. Mataron en esto los arcabuceros de don Diego á Perálvarez Holguin y derribaron á Gomez de Tordoya, por lo cual y por el daño que los tiros hacían en la infantería, dió voces Pedro de Vergara, que también herido estaba, á los de caballo que arremetiesen. Sonó la trompeta, y corrieron para los enemigos. Don Diego salió al encuentro con gran furia. Cayeron muchos de cada parte con los primeros golpes de lanza y muchos mas con los de espada y hacha. Estuvo en peso buen rato la batalla sin declarar victoria por ninguna de las partes, aunque los peones de Vaca de Castro habían ganado la artillería, y los de don

Diego habían muerto muchos contrarios y tenían dos banderas enteras. Anochece ya, y cada uno quería dormir con victoria; y así, peleaban como leones, y mejor hablando, como españoles; ca el vencido había de perder la vida, la honra, la hacienda y señorío de la tierra, y el vencedor ganarlo. Vaca de Castro arremetió con sus treinta caballeros al cuerno izquierdo contrario, donde muy enteros y como vencedores estaban los enemigos, y trabóse allí como de nuevo otra pelea; mas al fin venció, aunque le mataron al capitán Jimenez, á Mercado de Medina y otros muchos. Don Diego, viendo los suyos de vencida, se metió en los enemigos, porque le matasen peleando; mas ninguno lo hirió, ó porque no lo conocieron ó porque peleaba animosísimamente. Huyó, en fin, con Diego Mendez, Juan Rodríguez Barragan, Juan de Guzman y otros tres al Cuzco, y llegó allí en cinco días. Cristóbal de Sosa se nombraba también, y Martín de Bilbao, diciendo: «Yo maté á Francisco Pizarro;» y así, los hicieron pedazos combatiendo. Muchos se salvaron por ser de noche, y hartos por tomar á los caídos de Vaca de Castro las banderas coloradas que por señal llevaban. Los indios, que como lobos aguardaban la fin de la batalla, mataron á Juan Balsa, á un comendador de Rodas, su amigo, y muy muchos otros que huyendo iban á otro inga. Murieron trecientos españoles de la parte del Rey, y muchos, aunque no tantos, de la otra; así que fué muy carnícera batalla, y pocos capitanes escaparon vivos: tan bien pelearon. Quedaron heridos mas de cuatrocientos, y aun muchos dellos se helaron aquella noche: tanto frio hizo.

La justicia que hizo Vaca de Castro en don Diego de Almagro y en otros muchos.

Gran parte de la noche gastó Vaca de Castro en hablar y loar sus capitanes y otros caballeros y hombres principales que á él llegaban á darle la norabuena de la victoria; y á la verdad ellos merecian ser loados y él ensalzado. Saquearon el real de don Diego, que mucha plata y oro tenía, no sin muertes de los que lo guardaban. No dejaron las armas, con recelo de los enemigos, ca no sabían por entero cuán de veras habían huido. Pasaron frio y hambres, y aun lástima por las voces y gemidos y quejas que los heridos daban sintiéndose morir de hielo y desnudar de los indios, ca los achocaban también algunos con porras que usan, por despojarlos. Corrieron el campo en amaneciendo, curaron los heridos y enterraron los muertos, y aun llevaron á sepultar en Guamanga á Perálvarez Holguin, á Gomez de Tordoya y otros pocos. Arrastraron y descuartizaron el cuerpo de Martín de Bilbao, que mataron en la batalla, según dije, porque mató á Francisco Pizarro. Otro tanto hicieron por la misma causa Martín Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Velazquez y otros; en lo cual gastaron todo aquel día, y otro siguiente en ir á Guamanga, donde Vaca de Castro comenzó á castigar los almagristas, que presos y heridos estaban; ca bien mas de ciento y sesenta se recogieron allí, y entregaron las armas á los vecinos, que los prendieron. Cometió la causa al licenciado de la Gama, y en pocos dias se hicieron cuartos los capitanes Juan Tello, Diego de Hoces, Francisco Peces, Juan Perez, Juan Diente, Marticote, Basilio, Cár-

Visita del consejo de Indias.

denas, Pedro de Oñate, maestro de campo, y otros treinta que por brevedad callo. Vaca de Castro desterró también algunos y perdonó los demás. Envió á sus casas casi todos los que con él estaban que tenían repartimiento y cargo. Envió á Pedro de Vergara á poblar los Bracamoros, que había conquistado, y fué al Cuzco, que lo llaman, porque no les quitasen á don Diego algunos que bien lo querían. Acogióse don Diego con solos cuatro al Cuzco, pensando rehacerse allí. Mas su tiniente Rodrigo de Salazar, de Toledo, y Anton Ruiz de Guevara, alcalde, y otros vecinos, lo echaron preso, como vieron vencido y solo. Vaca de Castro lo degolló en llegando, ahorcó á Juan Rodríguez Barragan y al alférez Enrique y á otros. Diego Mendez Orgoños se soltó y se fué al Inga, que estaba en los Andes, y allá le mazarón después los indios. Con la muerte de don Diego quedó tan llano el Perú como antes que su padre y Pizarro descompadrasen, y pudo muy bien Vaca de Castro regir y mandar los españoles. Loaban muchos el ánimo de don Diego, aunque no la intencion y desvergüenza que tuvo contra el Rey; ca siendo tan mozo vengó, á consejo de Juan de Rada, la muerte de su padre, sin querer tomar nada de Pizarro, aunque tuvo necesidad. Supo conservar los amigos y gobernar los pueblos que lo admitieron, aunque usó algún rigor y robos por amor de los soldados. Peleó muy bien y murió cristianamente. Era hijo de india, natural de Panamá, y mas virtuoso que suelen ser mestizos, hijos de indias y españolas, y fué el primero que tomó armas y que peleó contra su rey. También se maravillaban de la constante amistad que los suyos le tuvieron; ca nunca lo dejaron hasta ser vencidos, por mas perdon y mercedes que les daban: tanto puede el amor y bandos una vez tomados. Había muchos soldados que no tenían hacienda ni qué hacer; y porque no causasen algun bullicio como los pasados, y también por conquistar y convertir los indios, envió Vaca de Castro muchos capitanes á diversas partes, como fué á los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez, de Madrid, y Nicolás de Heredia, que llevaron mucha gente. Envió á Monroy en socorro de Valdivia, que tenía gran necesidad en el Chili; y también fué á Mullubamba Joan Perez de Guevara, tierra comenzada á conquistar, y rica de minas de oro, y entre los rios Marañon y de la Plata, ó por mejor decir, nacen en ella, y crían unos peces del tamaño y hechura de perros, que muerden al hombre. Anda la gente casi desnuda, usan arco, comen carne humana, y dicen que cerca de allí, hácia el norte, hay camellos, gallipavos de Méjico, y ovejas menores que las del Perú, y Amazonas de Orellana. Llamó á Gonzalo Pizarro, y dióle licencia que fuese á sus pueblos y repartimiento de los Charcas. Encomendó los indios que vacos estaban, aunque muchos se quejaban por no les alcanzar parte. Hizo muchas ordenanzas en gran utilidad de los indios; los cuales comenzaron á descansar y cultivar la tierra, ca en las guerras civiles pasadas habían sido muy mal tratados, y aun dicen que murieron y mataron millon y medio dellos en ellas, y mas de mil españoles. Residió Vaca de Castro en el Cuzco año medio, y en aquel tiempo se descubrieron riquísimas minas de oro y de plata.

De las revueltas del Perú que contado habemos, resultó visita del consejo de Indias, y nuevas leyes para regir aquellas tierras, causadoras de grandes muertes y males, no por ser muy malas, sino por ser rigurosas, como luego diremos. Hizo la visita el doctor Juan de Figueroa, oidor del consejo y cámara del Rey. Eran oidores de aquel consejo el doctor Beltran, el licenciado Gutierrez Velazquez, el doctor Juan Bernal de Luco, y el licenciado Juan Suarez de Carabajal, obispo de Lugo; fiscal, el licenciado Villalobos; secretario, Juan de Sámano, y presidente, fray García de Loaisa, cardenal y arzobispo de Sevilla. El Emperador, vista la informacion y testigos, quitó de la audiencia al doctor Beltran y obispo de Lugo. El Obispo perseveró en corte, y dende á cuatro ó cinco años lo hizo el Rey comisario general de la Cruzada. El doctor Beltran se fué á Nuestra Señora de Gracia de Medina del Campo, donde tenía casa, y también le perdonó el Emperador, y le mandó dar su hacienda y salario acostumbrado en su casa; mas la cédula destas mercedes llegó con la muerte. Daba gracias á Dios, que lo dejó morir sin negocios, sin juegos ni trapazas. Era agudo y resolutivo; tuvo muchos y grandes salarios siendo abogado; dejolos por el Consejo Real, y removiéronlo dél. Vile llorar sus desventuras, quejándose de sí mismo porque dejó la abogacía por la audiencia. Fué muy tahir, y jugaban mucho su mujer é hijos, que lo destruyeron. A toda suerte de hombres está mal el juego, y peor á los que tienen negocios, y negocios de rey y reinos. No faltó quien tachase al Cardenal, pensando suceder en la presidencia; mas él era libre, acepto al Emperador y amigo del secretario Francisco de los Cobos, que tenía la masa de los negocios.

Nuevas leyes y ordenanzas para las Indias.

Sabiendo el Emperador las desórdenes del Perú y malos tratamientos que se hacían á los indios, quiso remediarlo todo, como rey justiciero y celoso del servicio de Dios y provecho de los hombres. Mandó al doctor Figueroa tomar sobre juramento los dichos de muchos gobernadores, conquistadores y religiosos que habían estado en Indias, así para saber la calidad de los indios, como el tratamiento que se les hacía, y aun porque le decían algunos frailes que no podía hacer la conquista de aquellas partes. Así que buscó personas de ciencia y de consciencia que ordenasen algunas leyes para gobernar las Indias buena y cristianamente; las cuales fueron el cardenal fray García de Loaisa, Sebastian Ramirez, obispo de Cuenca y presidente de Valladolid, que había sido presidente en Santo Domingo y en Méjico; don Juan de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe y comendador mayor de Castilla; el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon; don García Manrique, conde de Osorno y presidente de Ordenes, que había entendido en negocios de Indias mucho tiempo, en ausencia del Cardenal; el doctor Hernando de Guevara y el doctor Juan de Figueroa, que eran de la cámara, y el licenciado Mercado, oidor del Consejo Real; el doctor Bernal, el licenciado Gutierrez Velazquez, el licenciado Salmeron, el doctor Gregorio Lopez, que oidores eran de las Indias, y el doctor Jacobo

Gonzalez de Artiaga, que á la sazón estaba en consejo de Ordenes. Juntábase á tratar y disputar con el Cardenal, que posaba en casa de Pero Gonzalez de Leon, y ordenaron, aunque no con voto de todos, obra de cuarenta leyes; que llamaron ordenanzas, y firmólas el Emperador en Barcelona y en 20 de noviembre, año de 1542.

La grande alteracion que hubo en el Perú por las ordenanzas.

Tan presto como fueron hechas las ordenanzas y nuevas leyes para las Indias, las enviaron los que de allá en corte andaban á muchas partes: isleños á Santo Domingo, mejicanos á Méjico, peruleros al Perú. Donde mas se alteraron con ellas fué en el Perú, ca se dió un traslado á cada pueblo, y en muchos repicaron campanas de alboroto, y bramaban leyéndolas. Unos se entristecian, temiendo la ejecucion, otros renegaban, y todos maldecian á fray Bartolomé de las Casas, que las habia procurado. No comian los hombres, lloraban las mujeres y niños; ensoberbecianse los indios; que no poco temor era. Carteáronse los pueblos para suplicar de aquellas ordenanzas, enviando al Emperador un grandísimo presente de oro para los gastos que habia hecho en la ida de Argel y guerra de Perpiñan. Escribieron unos á Gonzalo Pizarro y otros á Vaca de Castro, que holgaban de la suplicacion, pensando excluir á Blasco Nuñez por aquella via, y quedar ellos con el gobierno de la tierra. No digo entrámbos juntos, sino cada uno por sí; que tambien fuera malo, porque hubiera sobre ello grandes revoluciones. Platocaban mucho la fuerza y equidad de las nuevas leyes entre sí y con letrados que habia en los pueblos para lo escribir al Rey y decirlo al Virey que viniese á ejecutarlas. Letrados hubo que afirmaron cómo no incurrian en deslealtad ni crimen por no las obedecer, cuanto mas por suplicar dellas, diciendo que no las quebrantaban, pues nunca las habian consentido ni guardado; y no eran leyes ni obligaban las que hacian los reyes sin comun consentimiento de los reinos que les daban la autoridad, y que tampoco pudo el Emperador hacer aquellas leyes sin darles primero parte á ellos, que eran el todo de los reinos del Perú: esto cuanto á la equidad. Decian que todas eran injustas, sino la que vedaba cargar los indios, la que mandaba tasar los tributos, la que castiga los malos y crueles tratamientos, la que dice sean enseñados los indios en la fe con mucho cuidado, y otras algunas. Y que ni era ley, ni habian de aconsejar al Emperador que firmase con las otras, la que manda se ocupen ciertas horas cada dia los oidores y oficiales á mirar cómo el Rey sea mas aprovechado, ni la que nombra por presidente al licenciado Maldonado, y otras que mas eran para instrucciones que para leyes, y que parecian de frailes. Con esto pues se animaban mucho los conquistadores y soldados á suplicar de las ordenanzas, y aun á contradecirlas, y tambien porque tenian dos cédulas del Emperador, que les daba los repartimientos para sí y á sus hijos y mujeres porque se casasen, mandándoles expresamente casar; y otra, que ninguno fuese despojado de sus indios y repartimientos sin primero ser oido á justicia y condenado.

De cómo fueron al Perú Blasco Nuñez Vela y cuatro oidores.

Cuando fueron hechas las ordenanzas de Indias, dijeron al Emperador que enviase hombre de barba con ellas al Perú, por cuanto eran recias, y los españoles de allí revoltosos. El, que lo bien conocia, escogió y envió con título de virey y salario de dieciocho mil ducados, á Blasco Nuñez Vela, caballero principal y veedor general de las guardas; hombre recio, que así se requeria para ejecutar aquellas leyes al pié de la letra. Hizo tambien una chancilleria en el Perú, que hasta allí á Panamá iban con las apelaciones y pleitos. Nombró por oidores al licenciado Diego de Cepeda, de Tordesillas; al doctor Lison de Tejada, de Logroño; al licenciado Pero Hortic de Zárate, de Orduña, y al licenciado Juan Alvarez. Y porque nunca se habia tomado cuenta á los oficiales del Rey, después que se descubrió el Perú, envió á tomárselas á Augustin de Zárate, que era secretario del Consejo Real. Partió pues Blasco Nuñez con la audiencia, y llegó al Nombre de Dios á 10 de enero de 1544. Halló allí á Cristóbal de Barrientos y otros peruleros de partida para España, con buena cantidad de oro y plata, y requirió á los alcaldes embarazasen aquel oro hasta que se averiguase de qué lo llevaban; ca le dijeron cómo aquellos hombres habian vendido indios y traídoslos en minas; cosa de que mucho se alteraron y quejaron los vecinos y los dueños del oro, así por el daño, como por no ser aquella ciudad de su jurisdiccion y gobierno. Y si por los oidores no fuera, se lo confiscara, conforme á la instrucion y cédula que llevaba contra los que hubiesen traído indios en minas. Fué á Panamá, puso en libertad cuantos indios pudo haber de las provincias del Perú, y enviólos á sus tierras á costa de los amos y del Rey. Algunos hubo que se escondieron por no ir, diciendo que mejor estaban con dueño que sin él. Otros se quedaron en Puerto-Viejo y por allí á ser puros, que se usa mucho, y se cortaron el cabello á la usanza bellaca. Desembargó Blasco Nuñez el oro á los del Nombre de Dios; y porque no se alborotasen mas los españoles de aquellos dos pueblos, dijo que solamente procediera contra Vaca de Castro, que traia y mandaba traer indios á las minas. Comenzaron á diferir él y los oidores en algunas cosas. Estuvieron malos ellos y ocupados, y él partióse sin esperarlos, aunque mucho se lo rogaron y aconsejaron, porque supo la negociacion y escándalo del Perú. Llegó á Tumbes á 4 de marzo, libertó los indios, quitó las indias que por amigos españoles tenian, y mandóles que ni diesen comida sin paga, ni llevasen carga contra su voluntad; lo cual entristeció tanto á los españoles quanto alegró á los indios. Entrando en Sant Miguel mandó á unos españoles pagar los indios de carga que llevaban, ya que no se podia excusar el cargallos. Pregonó las ordenanzas, despobló los tambos, dió libertad á los indios esclavos y forzados, tasó los tributos, y quitó los indios de repartimiento á Alonso Palomino, porque habia sido allí teniente de gobernador; que así lo disponian las nuevas leyes; por lo cual le quitaban la habla y la comida, como á descomulgado; y á la salida del lugar le dieron gritas las españolas, y lo maldijeron como si llevara consigo la ira de Dios. Y en Piura dijo que ahorcaría á los que suplicaban de sus provisiones, referendadas de un su criado,

que no era escribano del Rey; y los vecinos de allí se escandalizaban mas de sus palabras y aspereza que de las ordenanzas.

Lo que pasó Blasco Nuñez con los de Trujillo.

Entró Blasco Nuñez en Trujillo con gran tristeza de los españoles; hizo pregonar públicamente las ordenanzas, tasar los tributos, ahorrar los indios, y vedar que nadie los cargase por fuerza y sin paga. Quitó los vasallos que por aquellas ordenanzas pudo, y puso los en cabeza del Rey; suplicó el pueblo y cabildo de las ordenanzas, salvo de la que mandaba tasar los tributos y pechos, y de la que vedaba cargar los indios, aprobándolas por buenas; él no les otorgó la apelacion, antes puso muy graves penas á las justicias que lo contrario hiciesen, diciendo que traia expresísimo mandamiento del Emperador para las ejecutar, sin oír ni conceder apelacion alguna. Dijoles, empero, que tenian razon de agraviarse de las ordenanzas; que fuesen sobre ello al Emperador, y que él le escribiría cuán mal informado habia sido para ordenar aquellas leyes: visto por los vecinos su rigor y dureza, aunque buenas palabras, comenzaron á renegar. Unos decian que dejarían las mujeres, y aun algunos las dejarán si les valiera, ca se habian casado muchos con sus amigas, mujeres de seguida, por mandamiento que les quitaran las haciendas si no lo hicieran. Otros decian que les fuera mucho mejor no tener hijos ni mujer que mantener, si les habian de quitar los esclavos, que los sustentaban trabajando en minas, labranza y otras granjerias; otros pedíanle pagase los esclavos que les tomaba, pues los habian comprado de los quintos del Rey, y tenian su hierro y señal. Otros daban por mal empleados sus trabajos y servicios, si al cabo de su vejez no habian de tener quien los sirviese; estos mostraban los dientes caídos de comer maíz tostado en la conquista del Perú, aquellos, muchas heridas y pedradas, aquellos otros grandes bocados de lagartos; los conquistadores se quejaban que habiendo gastado sus haciendas y derramado su sangre en ganar el Perú al Emperador, les quitaban esos pocos vasallos que les habia hecho merced. Los soldados decian que no irían á conquistar otras tierras, pues les quitaban la esperanza de tener vasallos, sino que robarían á diestro y á siniestro cuando pudiesen; los tenientes y oficiales del Rey se agraviaban mucho que los privasen de sus repartimientos sin haber maltratado los indios, pues no los hubieron por el oficio, sino por sus trabajos y servicio. Decian tambien los clérigos y frailes que no podrian sustentarse ni servir las iglesias si les quitaban los pueblos; quien mas se desvergonzó contra el Virey, y aun contra el Rey, fué fray Pedro Muñoz, de la Merced, diciendo cuán mal pago daba su majestad á los que tan bien le habian servido, y que oían mas aquellas leyes á interese que á santidad, pues quitaban los esclavos que vendió sin volver los dineros, y porque tomaban los pueblos para el Rey, quitándolos á monesterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habian ganado, y lo que peor era, que imponian doblado pecho y tributo á los indios que así quitaban y ponian en cabeza del Rey, y aun los mismos indios lloraban por esto. Estaban mal aquel fraile y el Virey,

porque lo acuchilló una noche en Málaga siendo corregidor.

La jura de Blasco Nuñez y prision de Vaca de Castro.

Vaca de Castro, que habia visto las ordenanzas y cartas en el Cuzco, donde residia, se aderezó para ir á los Reyes á recibir á Blasco Nuñez; empero, con muchos españoles en orden de guerra, que dió gran sospecha de su voluntad; ca los vecinos de los Reyes, como supieron que con armas venia, le enviaron á decir que no viniese, pues ya no era gobernador, temiendo algun castigo por no haber admitido los dias atrás un su tiniente, y escribieron á Blasco Nuñez algunos particulares que apresurase el paso para entrar primero que Vaca de Castro, porque si se tardaba, quizá no le recibirían á la gobernacion. Vaca de Castro dejó las armas, y casi todos los que traia, donde supo la voluntad de aquellos; fué requerido de los suyos se volviese al Cuzco y lo tuviese por el Rey, suplicando de las ordenanzas; nunca quiso sino llegar primero á Lima, donde halló diversas intenciones; ca unos querian al Virey y otros no. Gaspar Rodriguez, viendo venir cerca á Blasco Nuñez, dejó á Vaca de Castro, y tornóse al Cuzco, llevando consigo muchos vecinos dél, y las armas que habian quedado en el camino, para levantar la tierra por quien pudiese; Blasco Nuñez partió de Trujillo aprisa, llegó al tambo que dicen de la Barranca, donde no halló qué comer; mas halló un mote que decia: «El que me viniere á quitar mi hacienda, mire por sí, que podrá ser que pierda la vida.» Maravillóse de tal dicho, y preguntando quién lo pudo escribir, le dijeron ciertos malsines que Xuarez de Carabajal, fater del Rey, que poco antes habia estado allí. En este tambo estuvo Gomez Perez con cartas del inga Mango y de Diego Mendez, y otros seis españoles del bando de don Diego de Almagro, en las cuales pidian licencia y salvo-conduto para se venir á Blasco Nuñez con el Inga; él holgó de perdonarlos y que viniesen; mas ellos fueron muertos á cuchillo por ceguedad del Gomez Perez. Solian jugar á la bola él y Mango, y jugaron como llegó; era porfiado el Gomez y mal comedido en medir las bolas, por lo cual dijo Mango á un su criado que lo matase la primera vez que porfiase, abajándose á medir la bola; avisó desto al Gomez una india. El, sin mirar adelante, dió de estocadas al Inga. Como los indios vieron muerto á su señor, matáronle á él y á los otros españoles, y tomaron por inga un hijuelo del muerto, con el cual se han estado en unas asperisimas montañas sin querer mas amistad con cristianos. Antes de llegar á Lima entendia Blasco Nuñez cómo los de aquella ciudad estaban con propósito de no lo recibir dentro si primero no les otorgaba la suplicacion de las ordenanzas, jurando de no las ejecutar, y si no, que lo enviarían preso y atado fuera del Perú; supo asimismo que todos estaban indinados contra él, por ejecutar las ordenanzas tan de hecho, y que decian mil males de su recia condicion. Para deshacer esto y otras veinte cosas que publicaban, envió delante á Diego de Agüero, regidor de los Reyes, el cual aplacó algo la indinacion del pueblo, diciendo cómo Blasco Nuñez traia mudado el rigor en mansedumbre, por ver el daño y descontento que todos recibian con la ejecucion de las ordenanzas. Antes

el entrar en los Reyes Blasco Nuñez, le tomó juramento en nombre del cabildo el factor Guillen Juárez que les guardaría los privilegios, franquezas y mercedes que del Emperador tenían los conquistadores y pobladores del Perú, y que les otorgaría la suplicación de las nuevas ordenanzas que traía; él juró que haría todo lo que cumpliera al servicio del Emperador y bien de la tierra; los vecinos y españoles que allí estaban dijeron luego que había jurado con cautela, entendiéndolo la ejecución de las ordenanzas ser bien de los indios y servicio del Emperador. Entró en la ciudad con gran silencio y tristeza de todo el pueblo; nunca hombre así fué aborrecido como él, en do quiera que del Perú llegase, por llevar aquellas ordenanzas; pregonó las ordenanzas y comenzó á las ejecutar, aunque muy mucho le rogaron no lo hiciese, diciendo que se alborotarian los españoles, y querían conservar sus repartimientos; mas él se hizo sordo á todo, por cumplir la voluntad y mandado del Emperador. Procuró saber qué intencion era la de Vaca de Castro, qué trataba Gonzalo Pizarro en el Cuzco, quiénes y cuántos se mostraban de veras contra las ordenanzas. Habló á los indios que se amotinaban, y querían alzarse sin hacer las sementeras. Encarceló á Vaca de Castro, diciendo que firmaba cédulas de repartimiento y pleitos como gobernador, estando él allí, y que indignaba la gente hablando mal de las ordenanzas, y porque dejó volver al Cuzco á Gaspar Rodríguez y á los otros. Hubo gran ruido y division sobre la prision de Vaca de Castro, don Luis de Cabrera y de los otros que con él prendió.

Lo que Gonzalo Pizarro hizo en el Cuzco contra las ordenanzas.

Tantas cosas escribieron á Gonzalo Pizarro muchos conquistadores del Perú, que lo despertaron allá en los Parcas, do estaba, y le hicieron venir al Cuzco después que Vaca de Castro se fué á los Reyes. Acudieron muchos á él como fué venido, que temían ser privados de sus vasallos y esclavos, y otros muchos que deseaban novedades por enriquecer, y todos le rogaron se opusiese á las ordenanzas que Blasco Nuñez traía y ejecutaba sin respecto de ninguno, por via de apelacion, y aun por fuerza, si necesario fuese; que ellos, que por cabeza lo tomaban, lo defenderían y seguirían. El por los probar ó por justificarse, les dijo que no se lo mandasen, pues contradecir las ordenanzas, aunque por via de suplicacion, era contradecir al Emperador, que tan determinadamente ejecutarlas mandaba, y que mirasen bien cuán ligeramente se comenzaban las guerras, que tenían sus medios trabajosos, y dudosos los fines; y no quería complacellos en deservicio del Rey, ni aceptar cargo de procurador ni de capitán. Ellos por persuadirlo le dijeron muchas cosas en justificacion de su empresa: unos decían que siendo justa la conquista de Indias, licitamente podían tener por esclavos los indios tomados en guerra; otros, que no podía justamente quitarles el Emperador los pueblos y vasallos que una vez les dió durante el tiempo de la donacion, en especial que se los dió á muchos como en dote porque se casasen; otros, que podían defender por armas sus vasallos y privilegios como los hidalgos de Castilla sus libertades; las cuales tenían por haber ayudado á los reyes á ganar sus

reinos de poder de moros, como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras; decían, en fin, todos que no caían en pena por suplicar de las ordenanzas, y muchos, que ni aun por las contradecir, pues no les obligaban antes de consentirlas y recibir las por leyes. No faltó quien dijese cuán recio y loco consejo era emprender guerra contra su rey so color de defender sus haciendas, y hablar aquellas cosas que no eran de su arte ni de su lealtad; empero aprovecha poco hablar á quien no quiera escuchar; ca no solamente decían aquello que algo en su favor era, pero desmandábanse, como soldados, á decir mal del Emperador y Rey, su señor, pensando torcerle el brazo y espantarlo por fieros. Decían eso mesmo que Blasco Nuñez era recio, ejecutivo, enemigo de ricos, almagrista, que había ahorcado en Túmbez un clérigo y hecho cuartos un criado de Gonzalo Pizarro, porque fué contra Diego de Almagro; que traía expreso mandado para matar á Pizarro y para castigar los que fueron con él en la batalla de las Salinas; y para conclusion de ser mal acondicionado, decían que vedaba beber vino y comer especias y azúcar, y vestir seda y caminar en hamacas. Con estas cosas pues, parte fingidas, parte ciertas, holgó Pizarro ser capitán general y procurador, pensando, como lo deseaba, entrar por la manga y salir por el cabezon. Así que lo eligieron por general procurador el cabildo del Cuzco, cabeza del Perú, y los cabildos de Guamanga y de la Plata y otros lugares, y los soldados por capitán, dándole todos su poder cumplido y llenero. El juró en forma lo que en tal caso se requiría; alzó pendon, tocó atambores, tomó el oro de la arca del Rey, y cómo había muchas armas de la batalla de Chupas, armó luego hasta cuatrocientos hombres á caballo y á pié, de que se mucho escandalizaron y arrepintieron los del regimiento de lo que habían hecho, pues Gonzalo Pizarro se tomaba la mano dándole solamente el dedo. Pero no le revocaron los poderes, aunque de secreto protestaron muchos del poder que le habían dado; entre los cuales fueron Altamirano, Maldonado, Garcilaso de la Vega.

La asonada de guerra que hizo Blasco Nuñez Vela.

Como Blasco Nuñez vió alterados á los vecinos y gente que estaban en los Reyes porque no consintió la apelacion, y por la prision de Vaca de Castro y los otros, hizo cincuenta soldados arcabuceros, y diólos al capitán Diego de Urbina, que lo acompañase con ellos. Envió al Cuzco, luego que supo la junta, al provincial dominico fray Tomás de San Martín, y tras él á fray Jerónimo de Loaisa, primer obispo y arzobispo de los Reyes, á certificar á Gonzalo Pizarro que no traía provision ninguna en su daño, sino que antes tenía voluntad el Emperador de gratificalle muy bien su servicio y trabajos, y que le rogaba se dejase de aquello, y se viniese llanamente á ver con él, y hablarían del negocio. Gonzalo Pizarro no dejaba entrar al Obispo ni aun le quiso escuchar después de haber entrado; antes trató que lo proveyesen de gobernador, y envió por veinte piezas de artillería á Guamanga, y aderezó muchas cosas de guerra. Blasco Nuñez, que supo la ruin intencion de Pizarro, que comenzaba la gente á temer, hizo llamamiento de

gente, é juntó cerca de mil hombres, ca luego acudieron á él los almagristas y muchos pueblos, especial los setentrionales á la ciudad de los Reyes, y ordenó ejército y paga con gana de muchos, y con parecer de los oidores y oficiales del Rey, que firmaron la guerra en el libro del acuerdo; hizo general á Vela Nuñez, su hermano; alférez del pendon á Francisco Luis de Alcántara, capitanes de caballo á don Alonso de Montemayor y á Diego Cueto, su cuñado, y capitanes de peones á Pablo de Meneses y á Martín de Robles y á Gonzalo Díez; maestro de campo á Diego de Urbina, que tenía muchos arcabuceros, y á otros; ca tenía docientos caballos y otros tantos arcabucos, y la ciudad fortalecida para defensa. Dió grandes pagas y socorros á los soldados y gente, en que gastó los quintos y oro del Rey que Vaca de Castro tenía para enviar á España, y aun tomó prestados buenos dineros de mercaderes para el ejército. Llegaron en esto allí Alonso de Cáceres y Jerónimo de la Serna en dos naos, de Arequipa. El Serna venía del Cuzco, enviado por Gaspar Rodríguez á decir á Blasco Nuñez lo que allá pasaba, y á pedirle un mandamiento para matar ó prender á Gonzalo Pizarro, ca se ofrecían á ello el Rodríguez con ayuda de sus amigos; y de camino persuadió al Cáceres que se viniese al Virey con aquellas dos naos, y no á Pizarro, como quería. Blasco Nuñez holgó con su venida, mas pesóle de que Pizarro tuviese tantas armas y artillería, é la gente tan favorable. Suspendió las ordenanzas por dos años y hasta que otra cosa el Emperador mandase; aunque se dijo luego el protesto que hizo y asentó en el libro del acuerdo, cómo la suspension era por fuerza, y que ejecutaría las ordenanzas en apaciguando la tierra: cosa de odio para todos. Dió mandamiento, y pregonólo, para que pudiesen matar á Pizarro y á los otros que traía, y prometió al que los matase sus repartimientos y hacienda: cosa que indignó mucho á los del Cuzco, y que no agradó á todos los de Lima; y aun dió luego algunos repartimientos de los que se habían pasado á Pizarro. Decía públicamente que todos eran traidores sino los de Chili; y decía á este que era traidor aquel, y á aquel, que este, y que los había de castigar á todos. Tuvo mandado que matasen á Diego de Urbina y á Martín de Robles cuando á su casa viniesen, si señalaba con el dedo; mas como el Robles le habló sabrosamente, que era gracioso y avisado, no hizo la señal; y así, no murieron; empero díjoles á ellos mismos el concierto, como no sabía tener secreto; por lo cual ellos y aun otros no osaban dormir en sus casas.

La muerte del factor Guillen Xuarez de Carabajal.

Temiendo Blasco Nuñez el suceso de los negocios por la gente de Gonzalo Pizarro, envió á muchas partes por españoles; como decir, á Hernando de Albarado á Trujillo, y á Villegas á Guanuco. Vinieron muchos de diversos pueblos, y entre ellos Gonzalo Díez de Pinera con hartos del Quito, y Pedro de Puelles, de Guanuco, do era corregidor; los cuales, aunque traían poderes de sus pueblos para negociar con el Virey, se pasaron á Pizarro; el Puelles con quince amigos, en que fueron Francisco de Espinosa, de Valladolid, y el Serna, que lo llamara Gonzalo Díez con su compañía, yendo tras

Puelles con Vela Nuñez. De los Chachapoyas tambien se fué al Cuzco entonces Gomez de Solís, de Cáceres, con Diego Bonifaz, Villalobos y otros veinte hombres escogidos. Desconfió con esto Blasco Nuñez de dar ni ganar batalla, y tapió las calles de Lima, dejando troneras y traveses, á guisa de hombre cercado; por do acabó de desanimar á los suyos y á los vecinos, y no le tuvieron por tan esforzado como decían. Trujo antes ó á vueltas de esto Luis García, de San Mamés, que por corregidor estaba en Jauja, unas cartas en cifra del licenciado Benito de Carabajal al factor Guillen Xuarez, su hermano; el Virey sospechó mal de la cifra, ca no estaba bien con el Factor, y mostró las cartas á los oidores, preguntando si lo podría matar; dijeron que no, sin saber primero lo que contenían, y para saberlo enviaron por él. Vino el Factor; no se demudó por lo que dijeron, aunque fueron palabras recias, y leyó las cartas, notando el licenciado Juan Alvarez. La suma de la cifra era la gente, armas y intencion que traía Pizarro, quién y cuáles estaban mal con él, y que luego se venía él á servir al señor Virey, en pudiendo descabullirse, como el mismo Factor se lo mandaba. Envió luego por el abecedario, y concertó con lo que leyera; y así, vino á Lima el licenciado Carabajal dos ó tres dias después que Blasco Nuñez fué preso, sin saber la muerte del Factor. Dende á ciertos dias que Gonzalo Díez huiera, se fueron á Pizarro Jerónimo de Carabajal y Escovedo, sobrinos del Factor, con Diego de Carabajal, el Galán, vecino de Plasencia, que posaban en casa del mismo Factor y que tambien fueron causa de su muerte. Fuéronse tambien con ellos don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, Pedro Carabajal y Rojas, de Antequera, Gaspar Mejía, de Mérida, Pero Martín, de Sicilia, Rodrigo de Salazar el Corcovado, toledano, y otros veinte buenos soldados, que hacían falta en el ejército. Hubo muy gran enojo é ira el Virey con la ida de estos, y mayormente porque se fueron de casa del Factor y con sus sobrinos. Envió tras ellos al capitán don Alonso de Montemayor con cincuenta de caballo, al cual prendieron los huidos por malicia de sus compañeros. Envió á llamar al Factor aquella misma noche, domingo, á 14 de diciembre, y viniendo, díjole: «Señor, ¿qué traicion es esta, pecador de mí?» O segun otros: «En mal hora vengas, traidor.» Respondió el Factor: «Yo soy tan buen criado y servidor del Rey como vuestra señoría;» y otras cosas. El Virey, que tenía cólera, replicó: «Traiciones y bellaquerías son enviar vuestros sobrinos con tanta gente de bien á Pizarro y escribir aquello en el tambo, y no dar mula á Baltasar de Loaisa en que llevase mis despachos al Cuzco, y justificar vuestro hermano el licenciado la causa de Gonzalo Pizarro.» Tras esto, como replicaba el Factor en disculpa de aquellas cosas, dióle dos puñaladas con una daga, voceando: «Mátente, mátente.» Llegaron sus criados y acabáronle, aunque algunos otros le echaban ropa encima para que no le matasen. Mandó echarlo por los corredores abajo, y unos negros le sacaron por los piés arrastrando. Alonso de Castro, teniente de alguacil mayor por Vela Nuñez, lo hizo llevar á enterrar en un reposito. De esta manera lo contaban Lorenzo Mejía de Figueroa, Lorenzo de Estopiñán, Rivadeneira,

ra y otros caballeros, que se hallaron presentes á todo lo susodicho, aunque Blasco Nuñez juraba que no le hirió ni quisiera que muriera. Causó mucho bullicio la muerte del Fator, que tan principal persona era en aquellas partes, y tanto miedo, que se ausentaban de noche los vecinos de Lima de sus propias casas; y aun el mismo Blasco Nuñez dijo á los oidores y otros muchos cómo aquella muerte lo había de acabar, conociendo el yerro que había hecho.

La prision del virey Blasco Nuñez Vela.

Murmuraban en Lima reciamente la muerte del Fator, diciendo que otro día mataría el Virey á quien se le autojase, y deseaban á Pizarro. Blasco Nuñez sentía mucho esto, y por no estar donde tan mal le querian, cuando viniese, propuso de irse á Trujillo con toda la audiencia y la contaduría del Rey; y para llevar las mujeres y hacienda armó dos ó tres naos, y hizo capitán de ellas á Jerónimo de Zurbano, vizcaíno, y aun para guardar la costa; que decían cómo armaba Pizarro dos navios en Arequipa para señorear la mar. Metió en aquellas naos al licenciado Vaca de Castro y á los hijos del marqués Francisco Pizarro con don Antonio de Ribera, de Soria, que los tenía en cargo, juntamente con su mujer doña Inés; y encomendó la guarda de todos ellos á Diego Alvarez Cueto. Habló á los oidores tres días después de muerto el Fator, persuadiéndoles la ida de Trujillo con llevar sus mujeres y todo el oro y fierro que había; que llevar las mujeres de los oidores y vecinos de los Reyes, era para obligarlos á seguirle, y el oro y plata para sustentar el ejército, y el fierro para que no lo hubiese Pizarro, que tenía falta dello para herraduras y para arcabuces. Contradijéronle los oidores, diciendo que ni debían ni podían salir de aquella ciudad de los Reyes, por cuanto les mandaba el Emperador en las ordenanzas residir allí, y por no mostrar temor á Gonzalo Pizarro, que aun estaba setenta leguas de ellos, y no se sabía que viniese á prenderlos, y por no desanimar á los vecinos y á los que allí estaban para servir y seguir al Rey. Por estas razones y otras que le dijeron, les prometió de no irse; pero en saliendo ellos de su casa, do tenían audiencia, envió por los oficiales del Rey y capitanes del ejército, y vinieron Alonso Riquelme, tesorero; Juan de Cáceres, contador; García de Saucedo, veedor; Diego Alvarez Cueto, Vela Nuñez, don Alonso de Montemayor, Diego de Urbina, Pablo de Meneses, Martín de Robles, Jerónimo de la Serna, que hubo la bandera de Gonzalo Diez, y Pedro de Vergara, que aun no tenía compañía; á los cuales dijo el Virey su intencion y las causas que le movian para dejar á los Reyes y irse á Trujillo; y mandóles estar á punto para otro día, que sin duda se partirian, él por la mar, y mujeres y Vela Nuñez por tierra con la gente de guerra. Ninguno de ellos le contradijo de pusilánimes, ca si le contradijeran como los oidores, no se determinara á irse tan total y prestamente; y así, ni entonces le prendieran, ni después lo mataran. Fueron empero á decirlo á todos los oidores, los cuales se juntaron en casa de Cepeda, y se resumieron, después de bien pensado el negocio, en no salir de allí, ni dejar ir á los vecinos, creyendo que Pizarro no traía tan dañadas

entrañas como después mostró; y ordenaron un requerimiento para el Virey, porque no se fuese, y una provision para que no le dejasen los vecinos embarcar sus mujeres, ya que él se fuese. Pretendian ellos, estando quedos en los Reyes, que se iría Blasco Nuñez á España á dar cuenta al Emperador del negocio, viéndose solo, y que Gonzalo Pizarro desaharía su campo, otorgándole la suplicacion de las ordenanzas; y si no quisiese, que fácilmente le prenderian ó le matarian, pues quedarian ellos con el mando y con el palo. Ordenaron esta provision Cepeda y Alvarez; escribióla Acevedo, sellóla Bernaldino de San Pedro, que era chanciller, el cual trujo en blanco dos sellos, con Tejada que fué por ellos; eran amigos y naturales de Logroño. En esto pasaron los oidores aquel día, y el Virey en cargar los navios y aderezar cabalgaduras. Cepeda forneció luego aquella noche una torre que había en su casa, de armas y vitualla, con diez ó doce amigos y criados, para si menester le fuese. Tejada, que tuvo miedo, pidió diez arcabuceros al Virey. En la mañana se juntaron los oidores á casa de Cepeda; y como parecia casa de munición mas que de audiencia, fué corriendo un arcabucero de aquellos de Tejada á decir al Virey que se armaban los oidores contra él. Levantóse luego el Virey á tales nuevas, y mandó tocar arma por la ciudad. Acudieron á su casa Vela Nuñez, Meneses y Serna con sus compañías de infantes, y Francisco Luis de Alcántara con la caballería. De suerte que se juntaron en breve cuatrocientos españoles de los mas principales y bien armados de Lima; algunos de los cuales, que les pesaba con la estada del Virey en el Perú, le rogaron que se metiese dentro en casa, y no se pudiese á peligro. El se metió, que no debiera, con obra de cincuenta caballeros; de lo cual unos se holgaron y otros desmayaron; y cierto, si él no se metiera en casa, que pareció cobardía, no le prendieran; ca su presencia los animara y detuviera. Quedó Vela Nuñez con el escuadrón, esperando lo que sería; ca se hundia la ciudad á gritos de las mujeres. Los oidores, que no tenían treinta hombres, se vieron perdidos, y pregonaron la provision que dije. Francisco de Escobar, natural de Sahagun (que llamaban el Tío), les dijo: «Salgamos, cuerpo de Dios, señores, á la calle, y muramos peleando como hombres, y no encerrados como gallinas.» Salieron pues los oidores fuera, y caminaron para la plaza. Martín de Robles y Pedro de Vergara acudieron á los oidores, ó por no ser con el Virey, ó por cumplir la provision real, ó porque, como dicen, estaban de acuerdo con ellos; acudieron asimismo muchos otros á pie y á caballo y aun apellidando libertad, á lo que oí decir, para levantar el pueblo. Tiráronse algunos arcabuzazos de la boca de la calle que sale á la plaza, y si Vela Nuñez acometiera, los rompía y prendia. Estando así, salió Ramirez el Galán, alférez de Martín de Robles, y campeó la bandera en la plaza; arremetió delante el capitán Vergara con su espada y adarga, salieron luego todos muy determinadamente. Los capitanes del Virey huyeron á su casa, y los mas soldados se pasaron con los oidores, que estaban asentados en un escaño, á la puerta de la iglesia; no hubo sangre, como se temía. Unos ponen la culpa de huir á los capitanes, que tuvieron poca gana

de pelear; otros á los soldados y vecinos, que volvian las picas y arcabuces hácia tras. Combatieron la casa del Virey, que se defendía bien, y algunos con ánimo de hacerle mal y afrenta, segun la pasión que sobre esto se hizo después, donde dicen: «Su sangre sobre nos y sobre nuestros hijos;» y otras cosas tan verdaderas como graciosas. Ventura Beltran y otros decian: «Al combate!» que se guardaban para aquel día. Antonio de Robles entró solo dentro la casa, y hizo que abriesen las puertas, diciendo al Virey que se diese. Blasco Nuñez, que al no podía hacer, se entregó á Martín de Robles, Pedro de Vergara, Lorenzo de Aldana y Jerónimo de Aliaga, rogando que lo llevasen á Cepeda. Algunos dicen cómo el Virey quería morir antes que rendirse; mas que se dió á ruegos de frailes y caballeros, que lo aseguraron si se iba del Perú. Algunos de los que llevaban á Blasco Nuñez iban diciendo: «Viva el Rey.» «Pues ¿quién me mata?» preguntaba él; y Pardave, criado del fator Guillen Xuarez, encaró el arcabuz para matarle; y le matara, sino que no soltó ni prendió, aunque ardió el polvorin: otras befas y escarnios hicieron de él por la calle. El Virey, como fué delante los oidores, que muy acompañados estaban, se demudó, y dijo: «Mirad por mí, señor Cepeda, no me maten;» él respondió no tuviese miedo, porque no le tocarian mas que á su vida; y así, lo llevaron á casa de Cepeda, aunque dicen que no le quitaron las armas.

La manera cómo los oidores repartieron los negocios.

Grande arrepentimiento mostraron al Virey los oidores, de su prision, y le decian palabras de tristeza, si ya no eran fingidas, jurando que no habían sido en prendelle ni lo habían mandado, y que á qué árbol se arriarían faltándole él, y otras cosas tales; mas no que le soltarian; antes le dijo Cepeda delante Alonso Riquelme, Martín de Robles y otros: «Señor, juro por Dios que mi pensamiento nunca fué de prender á vuestra señoría; pero ya que está preso, entienda que lo tengo de enviar al Emperador con la informacion de lo que se ha hecho; y si tentare de amotinar la gente ó revolverla mas, sepa que le daré de puñaladas, aunque yo me pierda; y si estuviere paciente, servirle y darle su hacienda.» Blasco Nuñez respondió: «Por nuestro Señor, que es vuestra merced hombre, y que siempre le tuve por tal, y no esos otros, que habiéndolo ellos urdido, han llorado conmigo;» y rogó que vendiese su ropa entre los vecinos, que valia muchos dineros, para gastar por el camino. Diego de Agüero y el licenciado Niño, de Toledo, y otros le dijeron muchas cosas; mas dejando esto por cosa larga y enojosa, digo que los oidores, para despachar negocios con mas brevedad y atender á todo, partieron los oficios desta manera; que Cepeda, como mas entendido y animoso, atendiese á las cosas de la gobernacion y de la guerra, por donde algunos dijeron que se llamaba presidente, gobernador y capitán. Tejada y Zárate, que entendiesen en las cosas de justicia; y que Juan Alvarez ordenase los despachos para España y la informacion contra el Virey. Tras esto, luego aquel mismo día que fué preso llevó Juan Alvarez al Virey á la mar para meterlo en las naos, y tomarlas y tenerlas á su mandado, porque nadie es-

cribiese á España primero que ellos y porque no las hubiese Pizarro. Llevaron tambien á Vela Nuñez, que como no pudo entrar en casa de su hermano, con la prisa ó con el miedo, se acogiera á Santo Domingo, el cual fué á las naos, y se quedó dentro sin volver con respuesta. Blasco Nuñez dió al licenciado Alvarez por el camino, sabiendo que lo había de llevar á España, una esmeralda de quinientos castellanos, que pidió y no pagó, á Nicolás de Ribera. Cueto y Zurbano soltaron á los hijos del marqués Francisco Pizarro con todos los otros presos, sino á Vaca de Castro, que no quiso salir; mas no quisieron recibir al Virey ni entregar las naos, por concierto que había entre ellos. Voceaban de tierra que diese los navios, si no, que matarian al Virey; y hacian tantas cosas, que vino Zurbano con el baten bien esquiado de hombres y tiros á preguntar qué querian. Y como le respondieron que las naos ó la muerte del Virey, dijo que no se las daría; mas que tomara al Virey. Reprehendiólos mucho, y soltó un tiro y algunos arcabuces, dando vuelta para los navios. Ellos entonces le deshonraron, tirándole de arcabuzazos, y aun maltrataron al Virey, diciendo: «Hombre que tales leyes trujo, tal gualardon merece. Si viniera sin ellas, adorado fuera. Ya la patria es libertada, pues está preso el tirano.» E con estos villancicos lo volvieron á Cepeda, que posaba en casa de María de Escobar, donde le tuvieron sin armas y con guarda, que le hacía el licenciado Niño; empero comia con Cepeda y dormia en su misma cama. Blasco Nuñez, temiéndose de yerbas, dijo á Cepeda la primera vez que comieron juntos, y estando presentes Cristóbal de Barrientos, Martín de Robles, el licenciado Niño y otros hombres principales: «¿Puedo comer seguramente, señor Cepeda? Mirad que sois caballero.» Respondió él: «¿Cómo, señor! ¿tan ruin soy yo que si le quisiese matar no lo haria sin engaño? Vuestra señoría puede comer como con mi señora doña Brianda de Acuña (que era su mujer); y para que lo crea, yo haré la salva de todo.» Y así la hizo todo el tiempo que lo tuvo en su casa. Entró un día fray Gaspar de Carabajal á Blasco Nuñez, y díjole que se confesase, que así lo mandaban los oidores. Preguntóle el Virey si estaba allí Cepeda cuando se lo dijeron, y respondió que no, mas de los otros tres señores. Hizo llamar á Cepeda, y se le quejó. Cepeda lo conhortó y aseguró, diciendo que ninguno tenía poder para tal cosa sino él; lo cual decía por la particion que habían hecho de los negocios. Blasco Nuñez entonces lo abrazó y besó en el carrillo delante el mismo fraile.

De cómo los oidores embarcaron al Virey para España.

Estaban presos muchos españoles de cuando el Virey. Don Alonso de Montemayor, Pablo de Meneses, Jerónimo de la Serna y otros de aquellos presos ordenaron un motin por salir de la cárcel y librar al Virey, como ellos publicaban. Mas sintieronlo los oidores y remediáronlo. Tambien hubo muchos de los de Chili que importunaron á los oidores que matasen al Virey. Cepeda prendió los mas culpados para mostrar cómo no quería matarlo, empero luego los soltó porque Pizarro no los matase cuando viniese, que eran grandes enemigos suyos; y aun ayudó para el camino á Juan de Guz-